LA COLONIA ESPAÑOLA DE MATANZAS, EL MUTUALISMO Y LA HUELGA MÉDICA

En noviembre de 1926, el Casino Español de Matanzas, Centro de la Colonia, decidió ampliar el cuerpo médico de su sanatorio con una plaza de radiólogo.

En años anteriores, el doctor Luis Díaz, que desempeñaba el cargo de cirujano y se dedicaba también a la radiología, atendía el gabinete de Rayos X del sanatorio.

A la muerte del doctor Luis Díaz, vino a ocupar su cargo el doctor Oscar Forest, que, por necesidad, pero sin afición ni dedicación previa, atendía también el gabinete radiológico.

Al acordar la Junta Directiva del Casino la creación de la plaza de radiólogo, fui visitado por algunos de los miembros de la Junta para ofrecerles el puesto. Les expresé mi agradecimiento pero les recordé el acuerdo existente entre el Casino y el Colegio Médico Provincial de Matanzas de cubrir mediante concurso los cargos de nueva creación o que vacaren. Al efecto, les manifesté que tenía intenciones de presentar mi expediente como aspirante al nuevo cargo.

Los cuerpos médicos de los pequeños establecimientos, tanto oficiales como privados, eran muy incompletos. A veces, se asociaban ramas muy distintas de la medicina para ser atendidas por un determinado profesional. Tal era el caso de doctor Forest, cirujano y radiólogo.

En aquella época, el cuerpo médico del Sanatorio estaba formado por un director, el doctor Armando Estorino, clínico; el doctor Miguel A. Beato, médico de visita de la sala de medicina; el doctor Juan F. Tamargo, oculista y otorrinolaringólogo; el doctor Oscar Forest, cirujano y radiólogo y el doctor Manuel de J. Ponte, auxiliar de medicina.

Dada mi preparación en Dermatología y en Enfermedades de las Vías Urinarias, especialidades sobre las cuales había tomado cursos en New York y en París, y que eran motivo preferente de mi práctica privada,

les sugerí a mis amigos visitantes que, al hacerme la convocatoria para la nueva plaza, incluyeran en la misma esas dos especialidades.

En realidad, yo no creía que hubiera en Matanzas algún compañero que tuviera aspiraciones a la plaza y ésta no era tan tentadora que alentara a un médico residente en otra localidad a trasladarse a Matanzas para desempeñarla.

Sin embargo, ejercía en aquella época entre nosotros un compañero de edad avanzada, muy culto y de muy vastos conocimientos que, entre sus dedicaciones anteriores, había practicado, en pequeña escala, la radiología.

Quizás, el distinguido colega pensó aspirar a la plaza en la creencia de que sólo abarcaba el aspecto radiológico, pues llegó a mis oídos que cuando vio la convocatoria oficial publicada en la prensa por la cual se citaba a un concurso para cubrir el cargo de Radiólogo, Dermatólogo y Urólogo, comentó:

—Sólo falta que se consigne en esa convocatoria que el aspirante debe ser un hombre alto, use espejuelos de carey, viva en la calle de Milanés y tenga una corona de oro blanco en una muela.

Fui el primer médico que ingresó en el Sanatorio de la Colonia Española previo concurso.

Al principio tenía que realizar todas las operaciones técnicas: hacer las exposiciones, revelar y fijar las radiografías, para interpretarlas al día siguiente. Algún tiempo después obtuve el nombramiento de un ayudante que, gradualmente, fue realizando las operaciones técnicas. Comenzó trabajando en el cuarto oscuro y terminó manejando, con gran responsabilidad, las tablas de exposiciones radiográficas. Sólo, de modo excepcional y cuando se trataba de casos infrecuentes, me veía obligado a realizar las exposiciones de las radiografías.

Mi ayudante, cuando comenzó a trabajar conmigo, desconocía todo lo relacionado con los Rayos X. Eso, en vez de ser un inconveniente, lo consideré una ventaja, pues no tenía hábitos o costumbres que chocaran con mis métodos. Fue un excelente auxiliar y, además, en el orden personal, me demostró siempre una gran fidelidad.

Además de radiólogo, dermatólogo y urólogo, desempeñé durante los treinta años que fui médico del sanatorio, la plaza de Ayudante de Cirugía. Auxilié, primero, al doctor Oscar Forest y, cuando éste se trasladó

a La Habana, al doctor Antonio Font Tió, que desempeñó la plaza de Cirujano durante muchos años.

Entre el cuerpo médico del Sanatorio y los miembros de la Junta Directiva del Casino existieron las más cordiales relaciones. Sin embargo, debo consignar que ese plácido vínculo se vio interrumpido en el año 1932 por la huelga médica, que fue consecuencia del conflicto surgido por el planteamiento hecho por la Federación Médica de Cuba a las llamadas Sociedades Mutualistas.

Pero creo que es interesante dedicar algunas líneas al mutualismo, a su desarrollo entre nosotros, a sus bondades y a sus vicios.

Durante el coloniaje español y en los primeros decenios de la República, el comercio en Cuba estuvo en manos de los españoles.

La inmigración española en Cuba fue predominantemente masculina. Los españoles llegaban a nuestras costas esperanzados de obtener riquezas. Trabajaban en comercios, propiedad de otros españoles acaudalados que habían arribado años atrás y con los cuales tenían, a veces, relaciones de parentesco. Eran los clásicos «sobrinos» que trabajaban numerosos años en el comercio de sus tíos. Algunos alcanzaban el éxito, se casaban con mujeres cubanas y creaban una familia criolla. Esos se quedaban definitivamente en Cuba.

Otros, al liquidar su negocio, que dejaban en manos del sobrino, retornaban a la Península, generalmente, a la aldea de donde procedían.

Muchas veces, ese retorno a la patria, tan largamente añorado, resultaba una desilusión. Sus amigos de la aldea habían emigrado o habían muerto. No tenían relaciones de amistad entre la nueva generación. El calificativo de «indiano» con que se les designaba, tenía una significación más profunda de lo que a primera vista parecía. En realidad, se sentían más vinculados al país donde habían pasado la mayor parte de su vida que a aquel donde nacieron. Algunos, desilusionados, regresaban a Cuba.

Muchos españoles lograron crear fabulosas riquezas en Cuba y alcanzaron altas posiciones sociales. Pero se ha dicho, con razón, que no pudieron tener un hijo español en Cuba. Entre los más exaltados y los más rebeldes en nuestras luchas independentistas, se calculaban por millares los hijos de españoles.

Se ha citado, como una excepción, el caso de Nicolás Rivero, padre de José Ignacio, el conocido «Pepín». Ambos fueron directores del

cavernícola *Diario de la Marina*, campeón de los intereses españoles y agrio denigrante de los mambises.

Difiero de esa apreciación. Pepín no se sentía español. Le convenía simular que se sentía español y entre ambas actitudes hay una inmensa diferencia.

Si todo el odio que despertó entre cubanos y españoles, si todo el veneno que infiltró para agriar las relaciones entre ambos grupos hubieran sido inspirados por un sentimiento honrado, tendría el atenuante de la equivocación y no el agravante del aprovechamiento y de la mala fe.

Mientras los inmigrantes eran «sobrinos», vivían en el almacén donde trabajaban y, en caso de enfermedad, no tenían facilidades para su tratamiento.

De ahí surgió la idea de la mutualización. Eran tantos los inmigrantes españoles, que se asociaron, no como una nacionalidad, sino regionalmente. Y así se fundaron el Centro Asturiano, el Centro Gallego, el Centro Balear y otros más. También se constituyó la Asociación de Dependientes del Comercio, cuya denominación indica claramente su objetivo.

Para que se tenga una idea del enorme poder económico y social que alcanzaron esas instituciones, baste recordar que muchas de ellas tenían más de cien mil asociados.

El nombre de Sociedades Regionales, con que se les designó, fue a causa de que como acabamos de ver, el núcleo de sus fundadores procedía de una región española determinada. Estas sociedades ofrecían a sus miembros: edificios sociales, verdaderos palacios ubicados en los lugares más céntricos, donde se celebraban bailes, se disponía de salas de lectura y, en algunos de ellos, de gimnasios. Constituían verdaderos remansos para los expatriados españoles.

Además, y esto era lo más importante, poseían sanatorios donde los socios, en caso de necesidad, eran hospitalizados, intervenidos quirúrgicamente y donde se les ofrecían todas las facilidades de investigación clínica: análisis de laboratorio, Rayos X, etc.

Además de esas sociedades de origen español, se constituyeron muchas otras, organizadas por cubanos y explotadas en forma mercantil como un negocio más. Ejemplo de éstas fue «La Bondad», que tenía su sanatorio en la Calzada del Cerro y que organizó delegaciones en localidades cercanas a la capital. Yo fui médico de su delegación en Bejucal cuando ejercí en esa ciudad.

Posteriormente, se constituyeron sociedades en las cuales varios médicos se reunían para trabajar en forma cooperativa y se distribuían las utilidades que la organización podía producir.

Ejemplo de eso fue la Sociedad Monserrate, que organizamos los médicos del sanatorio de la Colonia Española de Matanzas. Las primeras sociedades mutualistas y entre ellas las que acabamos de citar, prestaban servicios exclusivamente a los hombres. A los efectos sociales, admitían el ingreso de mujeres, pero sus derechos se limitaban a la asistencia a los bailes y a los actos culturales. Posteriormente, se organizaron en La Habana poderosas sociedades mutualistas en las cuales se daba servicio médico exclusivamente a la mujer.

Todas las sociedades mutualistas españolas, como era la norma en las agrupaciones de carácter social, discriminaban al negro.

La Sociedad Monserrate admitió entre sus socios a negros, mujeres y niños.

Desde el punto de vista económico, la Sociedad Monserrate fue un desatino. La cuota del «cabeza de familia» era de un peso mensual y la de cada «comensal», de cincuenta centavos. La estadística demuestra que en una familia, solicitan más los servicios médicos los niños; en segundo lugar, las mujeres y, por último los hombres.

Posteriormente, la Sociedad Monserrate fue incorporada a la Colonia con el subtítulo de Sección de Socios Familiares y sus miembros fueron atendidos en el sanatorio social, pero sus integrantes no tenían derecho a concurrir al edificio del Casino para disfrutar de los bailes y de otras actividades sociales.

Tradicionalmente, en algunas ciudades, como Cárdenas, los médicos ofrecían sus servicios profesionales en forma de igualas mensuales. Se decía en aquella época que cuando un joven terminaba sus estudios en la Escuela de Medicina y se proponía ejercer su carrera en Cárdenas, en su viaje hacia esa ciudad, llevaba en el bolsillo el reglamento de su asociación. Pero ninguna de esas asociaciones podía resistir la competencia de las sociedades regionales que, generalmente, por la misma cuota ofrecían, además, de la asistencia médica, los beneficios sociales.

La Federación Médica de Cuba realizó un detallado estudio del mutualismo. Convocó una convención que enfocó el problema desde todos sus ángulos y llegó a importantes conclusiones. Desde el punto de vista de su capacidad económica, los ciudadanos deben clasificarse en tres grupos:

a) *La clase pudiente*, cuyos medios de fortuna le permite hacer frente a los gastos originados por la atención de sus enfermedades.

b) *La clase mutualizable*, de recursos limitados, pero asociándose a muchos de posición económica análoga, puede, mediante el pago mensual de cuotas pequeñas, afrontar los gastos causados por los que, entre ellos, sufran enfermedades.

c) *La clase pobre*, que no tiene medios para organizarse en forma colectiva y tiene que recibir los servicios que, en su beneficio, organizan el estado, la provincia o el municipio.

Entre otros planteamientos, la Federación Médica solicitó que los acaudalados no pudieran acogerse a los beneficios de la mutualización. En otras palabras, impedir que los ricos oculten su riqueza, para eludir las responsabilidades económicas que llevan aparejadas las enfermedades.

Quizás no pueda comprenderse cómo una demanda tan justa y razonable, no tuvo éxito. Pero, si se recuerda la organización de esas sociedades regionales, se verá que las posiciones directivas estaban en manos de los poderosos.

La lucha entre la Federación y las sociedades regionales se fue enconando. Las razones cedieron paso a las pasiones y la Federación declaró la infausta huelga médica en los sanatorios de las sociedades regionales.

El Colegio Médico de Matanzas ordenó a sus miembros que desempeñaban plazas en el Sanatorio de la Colonia Española, la supresión de sus servicios.

Los poderosos centros habaneros, que dirigían las determinaciones de las sociedades análogas de otras ciudades del país, aconsejaron a éstas la resistencia y, a ese fin, enviaron a Matanzas un grupo de médicos rompehuelgas.

No fue feliz la Colonia Española de Matanzas en cuanto a la calidad de los galenos enviados desde La Habana. El que fungía de director era un notorio morfinómano, que dejaba traslucir bajo su bata un pavoroso revólver. Las monjas que atendían los servicios del sanatorio estaban aterrorizadas con el armamento del director.

Además, constituían una flotilla volante que, desde La Habana, era dirigida a otros centros del interior y, por tanto, no podían brindar en Matanzas un servicio estable.

La lista de los socios del Casino Español mermaba de modo alarmante y, como es natural, los ingresos disminuían de mes en mes.

Esta situación duró exactamente tres años. Fue entonces cuando la Junta Directiva izó bandera blanca y pidió parlamentar. Las condiciones económicas de la sociedad eran precarias. Nos mostraron sus libros. De los seis médicos que integraban, antes de la huelga, el personal del sanatorio, no podían reponer más que a tres: un clínico, un cirujano y un especialista en ojos, garganta, nariz y oídos. Estos tres médicos tendrían que hacer frente también a cualquier otro tipo de trabajo fuera de sus especialidades.

Resultaba inconcebible, en 1935, el ejercicio de la medicina sin el auxilio de la radiología. Ingresé como radiólogo varios meses después de la reapertura del sanatorio, con obligación de concurrir una vez por semana al Gabinete Radiológico y con el sueldo mensual de treinta pesos.

En realidad, el regreso al sanatorio del antiguo Cuerpo Médico de la Colonia tenía la significación del triunfo de los médicos federados sobre los rompehuelgas.

En una reunión previa a la toma de posesión, acordamos los componentes del cuerpo médico, que la totalidad de los sueldos se repartiría, proporcionalmente entre todos los que habían formado el personal desplazado. Este acuerdo se cumplió hasta que fue repuesto el último de los integrantes del viejo cuerpo facultativo.

Yo acepté la miserable retribución de treinta pesos porque, al menos, engrosaba el fondo general que se distribuía entre todos.

El agua fue tomando su nivel. Las nuevas inscripciones aumentaron, los ingresos permitieron el retorno de todos los antiguos médicos y la reposición de los sueldos primitivos.

A la terminación de este proceso, como dirigente del mismo y como afectada por sus consecuencias, lo juzgo como un gran fracaso. El principal objetivo, esto es, que los pudientes no se consideraran mutualizables, no se consiguió. En cambio, cuántos trastornos a los enfermos, cuántos sacrificios a los médicos, cuántos antagonismos entre elementos que debían actuar de un modo acorde en el logro de los beneficios generales.

En las ciudades pequeñas, como en las luchas entre los miembros de una familia y en las guerras civiles, los enconos son mayores. Fue necesario el transcurso del tiempo para aplacar los ánimos y para poder juzgar los hechos con mayor proyección.

Recuerdo una frase vertida en una reunión por un anciano español, dirigente del Casino y buen amigo de todos los médicos.

Como había vivido entre nosotros las guerras de independencia de Cuba, asociaba en lo íntimo de su conciencia la rebelión de los mambises y la posición de los médicos federados. Refiriéndose a la época en que se desenvolvía la huelga, dijo:

—Cuando ustedes estaban en la manigua...